

8. Carta a la Srta. de Fermont - Testamento espiritual

In *Lettres de prison 1804-1806* présenté par M.-L. Barthémémy, p.693 à 695

Jueves, 21 de mayo de 1807.

Señorita y muy querida hija en N. S. Jesucristo: Le agradezco su amable carta; es la primera que recibo de su discernimiento, pero no la primera de sus cartas que he leído, pues se procura comunicarme más o menos todas las que Vd. escriben aquí, sabiendo que me gustan y me estimulan. Me pide Vd una carta; es una cosa que no puedo negarle, puesto que cree que puede serle de consuelo y edificación para su alma. ¿No tengo que mirarme como el siervo de todas las siervas de Dios que como Vd. se han consagrado de todo corazón a los Sagrados Corazones de Jesús y de María? ¿No debo tanto como pueda, ayudarlas a cumplir sus santos compromisos? “Vd. mirará , dice, mi carta como mi testamento, y será más fiel a poner en práctica lo que le diré mirándolo como expresión de mis últimas voluntades.

Esta idea me agrade, querida hija, porque me traslada al momento que debe ser objeto de nuestros deseos más vivos, al momento en que nuestra alma, desprendida de los lazos de este cuerpo miserable, podrá arrojarse libremente en el seno del Dios de misericordia, en los brazos de nuestro divino Redentor. No es que yo esté disgustado de la vida presente, mientras le agrade a la voluntad divina mantenerme en ella; incluso tiene ventajas que no nos ofrece la vida futura. Podemos sufrir a ejemplo de nuestro divino Maestro, adquirir continuamente nuevos méritos, trabajar para ganar algunas almas para Dios.

Todas esas cosas, y sobre todo la abundante cosecha que se puede hacer en todo tiempo, es para suavizar un poco la amargura de nuestro exilio. Pero la dicha de poseer a Dios, de no ofenderlo más, de no verlo indignamente ofendido por los hombres, de amarlo únicamente tanto como podamos, y estar eternamente, indisolublemente unido a los que lo aman con el amor más puro en la hermosa morada de la divina caridad: todas esas consideraciones sin duda deben poner más altos nuestros deseos y hacernos suspirar por la muerte. Voy a seguir, pues, su idea y hacerla mi legatario; yo puedo, sin perjudicar a mis otros herederos de una y otra familia, legarle grandes cosas, cosas de alto precio, que yo no sacaré del seno de mi pobreza, sino del tesoro inagotable que posee Vd. en los divinos Corazones de Jesús y de su Santa Madre, sobre los cuales “Dios de Bondad” quiso darnos unos derechos particulares, llamándonos más especialmente al servicio de esos Corazones sagrados.

Le lego, pues, querida hija, en el nombre de la Srtma. Trinidad, por los Corazones Sagrados de Jesús y María, objeto de su divina complacencia y principal instrumento de su amor a los hombres.

1º.- Un corazón abrasado del más puro amor y generoso a los divinos Corazones a los que se ha consagrado Vd. Amor más puro, que no admite ninguna impureza de amor propio y de cualquier apego a todo lo creado, que no estuviera perfectamente conforme y subordinado a sus deseos. Amor generoso que, al dar una viva imagen de estos divinos

Corazones, no le permite tener otros sentimientos que los suyos, que continuamente estrecha más la unión que debe tener con ellos, la lleva a ofrecerse en todo momento como holocausto a su divina Majestad para ofrecer todas las cruces, todas las humillaciones que se digne enviarle para su salvacion, para la gloria de su nombre y el bien de su Iglesia.

2º.- Una gran estima, un sincero amor a su santa vocación. Mire como un favor insigne la gracia que el Señor le ha hecho llamándola, prefiriéndola a tantas otras, a la pequeña familia del Corazón de su santa Madre, para que Vd. sea una hija querida de este hermoso Corazón, para que tenga una parte muy especial en su amor y en su protección. Y que pueda volver a encontrar y ver en Vd. alguna de sus inagotables perfecciones. Esta estima de su vocación debe ser proporcionada a fines tan elevados. Piense que Dios, al llamarla a la mayor conformidad con el Corazón de su Santa Madre y en consecuencia con su divino Corazón, la llama al mismo tiempo a la más perfecta caridad, a todo lo que hay más sublime en las máximas del Santo Evangelio y en los ejemplos que él nos dio. Si la deja en medio del mundo es con el fin de que como heredera del espíritu apostólico que poseía en el grado más eminente el Corazón de María, pueda Vd. como ella contribuir, por sus ejemplos más que por cualquier otro medio, a cambiar la faz del mundo y a renovar al fin de los tiempos, entre nosotros, los hermosos días de la Iglesia naciente; y tenga por seguro que si es Vd. fiel Él le dará con abundancia todas las gracias que necesita para triunfar de los obstáculos que se encuentran en el mundo, y que él la ha tenido, como a nosotros, especialmente presente en esta oración que dirigirá a su Padre la víspera de su Pasión: "Lo que Yo te pido para ellos no es que los saques de este mundo, sino que los preserves del mal y del contagio del mundo." Su amor a la vocación tiene que llevarla a observar muy exactamente todas las reglas encerradas en el Plan y la Regla de conducta, o en el Sumario con las explicaciones que hemos dado, o en nuestras Cartas circulares. Pero en esto adhiérase más al espíritu que a la letra. La letra admite muchas explicaciones; el espíritu no admite ninguna y hace que se observen las reglas incluso sin observarlas. Por eso tenga mucho cuidado de leer o meditar cada día algunas si le es posible, pidiendo a Dios humildemente la luz para penetrarse bien de su sentido y la gracia para ponerlas en práctica.

3º.- Un gran celo para adquirir la perfección evangélica y un ardor lleno de prudencia para propagar el amor en todos los corazones que podamos creer que son susceptibles de ello. La perfección evangélica es la perla preciosa que hay que comprar al precio de todo lo que se tenga. Siempre ha sido preciso desprenderse de todo, renunciar a todo, para seguir a Jesucristo; ahora este desprendimiento es más necesario que nunca; lo será más todavía en los malos tiempos que se nos han anunciado y que tocamos de muy cerca, Esforcémonos pues, según la medida de una santa discreción, por extender el amor trabajando para difundir la buena obra que el Señor nos ha confiado.

4º.- Una mansedumbre inalterable, una profunda humildad; entre todas las virtudes éstas deben constituir especialmente el carácter de las Hijas del Corazón de María, como lo han sido el de su divina Madre y de su divino Hijo. Como Superiora, debe Vd. sobresalir; exteriormente de a todas ejemplo, exhórtelas, ánimoelas, vele por ellas con cuidado, advertirlas de sus defectos, es su deber; pero en el fondo de su corazón, colóquese siempre en el último lugar. Algunas veces debe Vd. usar la firmeza, pero que la

dulzura lo domine todo; que la caridad sea el principio de las correcciones que haga. Sobre todo tenga mucha paciencia, y esté siempre dispuesta a escuchar a todas nuestras hijas (o incluso externas) que quieran abrirle el alma y darle cuenta de su conciencia. Es un punto esencial. No se canse de escuchar y de repetir a menudo las mismas cosas; imite la tierna solicitud del animal doméstico al que el Señor del mundo se dignó compararse.

No dude, querida hija en J.C. y en María, que el divino Salvador le de, y a todas las que sean fieles, todas las luces y las gracias que necesita para cumplir lo que acabo de decirle, y que le lego como mi última voluntad. Yo le suplico con insistencia, humildemente postrado en su santa presencia y le doy a este efecto y a todas sus hijas, en el nombre de su Divino Corazón y del Corazón de su Stma. Madre, su santa bendición. Así sea.

Me encomiendo a sus oraciones y soy todo suyo en el Señor. Pierre Joseph.

Cartas, tomo 2, pág. 693 a 695.